

Del país y sus habitantes

El himno de un pueblo

Costumbres igorrotas en el este de Benguet

Por el Rdo. P. Claerhoudt, Misionero en Bokod, Benguet

XVI

Am-daag

Continuación.

ALGO extraordinario acaecía cerca de la humilde choza de Talin, se distinguía un murmullo de voces, gritaba un cochino, unos cuantos individuos iban y venían con aparente prisa, mientras que de detrás de la choza se elevaban en gruesas espirales densas columnas de negro humo. Lleguéme hasta la choza e inquirí el motivo de aquel movimiento y preparativos inusitados.

—Man-amdaag si Talin—

—Talin celebra hoy la fiesta del amdaag....

—Sai amdaag, schilus ni Mandebas....

—El amdaag es el kaniaw de Mandebas.

—Pero, ¿quién es Mandebas?

—interpuse.

—Mandebas es un individuo que vive en el centro de la tierra.

Aquellas respuestas bastaron. Decidí quedarme y presenciar aquellas extrañas ceremonias en honor de Mandebas, el hombre del centro de la tierra, y echándome bajo la sombra de un frondoso "Tatang-aang", esperé.

Al fin, después de un breve rato de espera, comenzaron a disponer el lugar para la ceremonia. Desdoblaron una hermosa manta "tchindi" y la extendieron en la tierra, y al lado del cochino que iba a ser sacrificado colocaron todos los "sankabs", instrumentos de labranza como azadones, que usan los igorrotas para sacar el

camote de la tierra.

En el entretanto, el viejo Topeng que se había sentado a mi lado, contábame cómo había enfermado Talin al ir a Bwalelé. Estando allí, decíame muy serio Topeng, Talin perdió el alma, la que retornaría a su cuerpo después de celebrado el Am-daag, y una vez que hubiere vuelto el alma, Talin sanaría.

Mientras hablaba Topeng, el mambunung Bwato ordenó que fuera llevado el cochino a la choza de Talin. Mientras cogían el cerdo, otros individuos colocaron todos los azadones y las hoces en un cesto de ratan y lo llevaron también a la choza. Acto seguido comenzó el mambunung a invocar al alma de Talin.

—Sikajo Mandebas kawa ni kalabian—exclamó.

Vos, Mandebas, de la media noche!

Tan Mandebas kawa ni kakowan,

Vos, Mandebas del medio día!
Sabun-bun-tan-kajo ni apodjo.

Reconoced a vuestros soberano....

Tan abel dja pansagñid ni angelmi,

En vez de esta tela aceptad nuestros cuerpos.

Sad ag-madubet ili e Abwat.

No permitáis que nuestro pueblo Abwat se convierta en hierba mala

Sai gwarai paninumanyo ni tchanum,

a fin de que tengáis un lugar en donde beber,

Tan sai gwari gwarai panganyo,

y un lugar en donde comer.

Howyód Bontok dja karakandan ni too

Llevad a Bontok do muchos moran,

Sikatoi-iu-suki tan

guardad en una cañada

Niai dja inagwilmi

cuanto aquí os ofrecemos.

Cesó la invocación. Sacaron entonces el cerdo de la choza y lo mataron, recogiendo la sangre en un plato de madera con la que luego marcaron las mejillas de los que se hallaban más próximos al animal sacrificado a fin de que fueran protegidos de todo mal y enfermedad. Terminada esta ceremonia, pronunció el hechicero misteriosas oraciones sobre trozos de carne de las mejores partes del animal, mezcladas con gordura y sangre. Con voz temblorosa pronunció esta invocación:

—Kabigat, vos que estáis en el manantial do originan las aguas,

Kabigat, vos que estáis do éstas mueren y terminan, Kabigan, vos que estáis do el sol se pone y desaparece,

Kabigat, vos que habitáis en lo alto,

Kabigat, de las regiones subterráneas;

Venid y recibid cuanto aquí os ofrecemos.

Venid y traed el alma de Talin,
 quien está débil, macilento,
 enfermo:
 vosotros Mambunungs idos,
 venid y enseñadnos oraciones.

Mientras pronunciaba esta extraña invocación el hechicero, comenzó a percibirse un agradable olor de sopa y arroz Kentomaan, y al concluir Bwato su invocación, la concurrencia comenzó a tomar asiento en rededor de las cazuelas, que aunque de aspecto repugnante contenían exquisitos manjares. Todos sonreían, todos estaban alegres: en los kaniaws todos olvidan sus cuidados y congojas; allí se va para satisfacer el paladar y por eso se espera con tanta ansia el comienzo del banquete.

Con el último bocado de comida y el último sorbo de vino, se levantan los convidados pausadamente de la mesa, y van en busca de algún rinconcito fresco y cómodo en donde descansar hasta, sabe Dios cuando! porque esta gente siempre dispone de muchísimo tiempo, nunca se va de prisa entre los igerrotes.

Topeng, que aun seguía sentado a mi lado, decíame con honda satisfacción que Kabunian había dado a sus hijos los igerrotes, muchísimas medicinas y remedios para enfermedades; uno de esos remedios son los kaniaws los que se repiten hasta lograr la gracia que se impetra. Claró está, que si a un enfermo le ha llegado la

hora de muerte, ninguno de estos remedios podrá evitársela!...

—Vosotros,—me decía el viejecito,—vosotros también tenéis vuestras medicinas que a veces curan y a veces no.

También a vosotros Kabunian dió leyes y consejos. A nosotros nos ha enseñado a celebrar kaniaws. Y no hay que dudarle, estos kaniaws bien celebrados evitan muchísimos males, y dan largos años de vida, mientras que Kabunian bendice a sus hijos y los enriquece.

Por estos motivos nos es imposible dejar de celebrar nuestros kaniaws y abandonar nuestras costumbres: si obráramos de otra manera provocaríamos la ira de Kabunian. A cada pueblo dio este Dios sus leyes, las que deben ser fiel y puntualmente seguidas.

Larga fué la conversación que sostuve aquella tarde con Topeng; y a la noche, al irme a postrar ante el Altar, delante del Tabernáculo, pedí a Dios con todas las energías de mi corazón que me concediera fuerza y perseverancia para continuar valerosamente la ruda lucha contra el Príncipe de las tinieblas, quien hace todo cuanto puede por retardar la conversión de estas pobres gentes. Y mientras oraba viniéronseme a la memoria estas palabras: "**non pugna nostra, sed Dei!**" La obra de salvación no nos pertenece a nosotros sino a Dios.

(Se continuará)